

RECUERDOS ACADÉMICOS

He querido —Señor Director Profesor y apreciados amigos— expresar mi agradecimiento por la honrosa distinción que estoy recibiendo en la forma de una breve divagación a través de un puñado de recuerdos de mi formación universitaria.

Viajé a Francia como becario en el otoño de 1950, después de haber cursado cuatro años en el entonces Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional. Mi propósito era continuar con el estudio filosófico. Sin embargo, la necesidad de perfeccionar mi conocimiento del francés me fue introduciendo en el mundo del lenguaje, a costa de mis preocupaciones filosóficas. Debo decir que el francés que yo llevaba de Colombia no estaba tan mal, pues me había esforzado en aprenderlo para poder degustar verdaderamente cosas como *El barco ebrio* de Rimbaud, o el *Cementerio marino* de Valéry. El francés era en la Colombia de entonces la vía más usual para acceder a las producciones de la cultura europea.

En la Sorbona el eje de mis estudios fue la filología francesa. Hoy pienso que lo maravilloso de ese campo académico era su relación inmediata con las vivencias que se tenían en París. Si se trataba de francés antiguo, ahí estaba todo el magnífico universo medieval en iglesias y museos; si el tema era la lengua de las 'preciosas ridículas', sólo había que ir al teatro de la Comedia Francesa para escucharlas. La historia de la lengua estudiada en los cursos de la Sorbona se integraba, fuera de estos, con la trayectoria o las producciones de la literatura, de la arquitectura, de la música y de las artes plásticas.

A comienzos de los años cincuenta en la escena lingüística francesa descollaban figuras como G. Guillaume y L. Tesnière —creadores de variantes muy particulares del estructuralismo—, E. Benveniste —importante tanto en lingüística general como en indoeuropeo—, M. Lejeune —gran helenista—, A. Martinet —estructuralista funcionalista de gran renombre— y B. Pottier —seguidor inicial de Guillaume y también creador de una variedad original de estructuralismo—.

De los cursos en la Sorbona, mi memoria ha guardado en especial los de Ch. Bruneau sobre el lenguaje de los simbolistas, J. Boutière sobre los trovadores provenzales y M. Durand sobre fonética instrumental (por esos tiempos se trabajaba sólo con el quimógrafo). Pero el recuerdo más vivo es el del profesor P. Fouché, quien era director del Instituto de Fonética y persona altamente respetada en el medio académico. Era un tanto soberbio y cuando estaba de mal humor no tenía inconveniente en interrumpir la

clase y mandar a los estudiantes a que nos fuéramos a tomar el fresco al vecino Jardín de Luxemburgo.

Por esos años los estudios hispanistas mostraban un notable florecimiento en Francia. En el Institut Hispanique de París se recibía una sólida formación en lengua y cultura, y en el Colegio de Francia, Marcel Bataillon impartía una enseñanza sabia y profunda.

Fuera de la vida universitaria, encuentro que mis mayores experiencias culturales en Francia fueron la penumbra y los vitrales de las catedrales góticas, las veladas de teatro con intérpretes como María Casares, Annie Ducaux o Gérard Philippe, y la lectura de la obra de Proust.

Una vez obtenido el diploma, nuestro estudiante boyacense dejó la Sorbona y los grandes bulevares para trasladarse, en 1952, a la Universidad de Munich en Alemania. Conocer este país era un sueño acariciado de tiempo atrás y avivado por los estudios bogotanos en el Instituto de Filosofía, orientados principalmente hacia el pensamiento alemán.

En la Universidad de Munich —como en toda Alemania— imperaba el principio de la *akademische Freiheit* ('libertad académica'), según el cual el estudiante mismo diseña su ruta, tomando las materias que quiera y combinando las áreas según su propia elección. No existían exámenes semestrales ni anuales, sino sólo la prueba de fin de estudios. Era usual que los estudiantes pasaran algunos semestres en otras universidades de Alemania, para escuchar a otros profesores y disfrutar de otros ambientes.

Vieja costumbre de la universidad alemana era también la de las *Studentenverbindungen*, o clubes de estudiantes, que se reunían con mucho protocolo para practicar la esgrima, cantar himnos patrióticos y beber ingentes cantidades de cerveza. Como concesión especial a un extranjero, fui invitado una vez a una de estas ceremonias. Era corriente que uno de los presentes invitara a brindar a otro; quien fuera invitado a un brindis tenía que ponerse de pie, hacer una reverencia y beber de un tirón el inmenso jarro de cerveza...

Continuando y ampliando la línea académica iniciada en Francia, mis estudios en Alemania se situaron en el campo de la filología románica. Por aquellos años el concepto de 'filología' designaba todavía en Europa la orientación preponderante en la actividad científica alrededor del lenguaje. *Filología* —decía un manual alemán del siglo pasado— es "el estudio de la idealidad concreta". Esta concepción hegeliana flotaba todavía en la atmósfera universitaria alemana de los años cincuenta. Ello quería decir que la filología es el instrumento para acceder a las creaciones del espíritu humano plasmadas en el lenguaje. Filología no es, pues, gramatiquería, sino una disciplina que tiene su meta en los valores

culturales de una nación, especialmente literarios. De ahí su puesto central en el campo de las humanidades.

En la Universidad de Munich, el cultivo de la filología románica había tenido en el pasado reciente figuras como K. Vossler, adalid de la corriente idealista. En mi época era director del Seminario Románico G. Rohlfs, de orientación positivista diametralmente opuesta a la de su antecesor Vossler. Rohlfs era un alemán del norte, de maneras algo abruptas, pero que había producido ya una sólida obra científica de la cual formaba parte, por ejemplo, su *Gramática histórica de la lengua italiana y sus dialectos* (en tres tomos).

Diferente de Rohlfs en temperamento e inclinaciones era el profesor H. Rheinfelder, quien trabajaba en temas como la poesía de Gabriela Mistral y el vocabulario religioso en los idiomas románicos, y dictaba un magnífico curso sobre Dante. Rheinfelder había publicado también una gramática del francés antiguo —tema que era de obligatorio cultivo para los romanistas—, en lo cual vemos que por ese entonces ciencia literaria y lingüística eran dos vertientes, íntimamente relacionadas, del mismo tronco filológico.

No existiendo allá esa nociva camisa de fuerza que llamamos 'plan de estudios', era usual en las universidades alemanas la publicación de *Studienführer*, o guías de estudio, que ofrecían a los alumnos una introducción a la bibliografía, problemas, avances, etc. de la correspondiente área científica. El profesor Rohlfs había escrito guías para el francés y el italiano, y un buen día me propuso que tradujera al español la del área hispánica: es ésta el *Manual de filología hispánica* que publicó el Instituto Caro y Cuervo en 1957.

Para complementar mi filología románica, y movido por el profundo interés hacia la Edad Media que me había inculcado la permanencia en Europa, tomé asignaturas en el Seminario de Latín Medieval, dirigido entonces por un hombre de inmenso saber en este campo, el profesor Bischoff. Me produce un gran placer intelectual recordar las clases en ese Seminario sobre temas como la literatura latina medieval, la paleografía de la época, el desarrollo de la escritura y su relación con los monasterios y, sobre todo, las leyendas de los sellos de las grandes casas de la nobleza medieval (este último estudio se denominaba *Sfragística*, palabra que nunca he vuelto a escuchar).

Pero volvamos por un momento la mirada retrospectiva a la ciudad que albergaba toda esa actividad académica. Permítanme decirles que tres cosas fueron de fundamental importancia —en el siguiente orden— en los cinco años que viví en Munich: la cerveza, el dialecto bávaro y las óperas de Wagner.

De acuerdo con su etimología (*Monachorum*, 'de los monjes'), Muniches, como se sabe, una de las capitales mundiales de la cerveza. Esta tiene su templo máximo en la monumental taberna llamada Hofbräuhaus, en cuya maravillosa atmósfera de familiaridad cualquiera se siente como en su propia casa, rodeado de viejos amigos, apura jarro tras jarro del espumoso líquido —lo hay claro o negro— y entona con los contertulios viejas melodías del folclor bávaro. Muchas veladas pasó Patiño en la Hofbräuhaus, a lo cual debió, probablemente, el haber aprendido con relativa celeridad un alemán muy coloquial.

Yo no sabía aún qué es la *diglosia*, pero sí me daba cuenta de que para mí, como enamorado del lenguaje, era una invaluable experiencia vivir en una región en que operaban dos códigos lingüísticos, la lengua estándar y el vernáculo. Las funciones de cada código estaban circunscritas: el *Hochdeutsch* (aunque con acento bávaro) se empleaba para todas las interacciones formales; el dialecto, *Boarisch*, era el vehículo normal para lo familiar, cotidiano y espontáneo. A fuerza de escuchar el dialecto acabé por tomarle una especie de cariño lingüístico y lo identificaba con la autenticidad regional bávara.

Es natural que mis hondas impresiones estéticas en Alemania estuvieran en el terreno de la música. Dentro de la intensa vida musical de Munich, era estupendo ir los domingos por la noche a la iglesia de San Lucas a escuchar cantatas de Bach dirigidas por Hans-Werner Richter. Pero fue la ópera wagneriana lo que más me sacudió interiormente y me reveló una dimensión esencial del alma alemana.

Regresemos a la Universidad de Munich. El profesor Rohlf me propuso varios temas para la tesis doctoral. Cometí el error de escoger una (*Los sufijos no latinos en los cognomina —apellidos— del «Corpus Inscriptionum Latinarum»*) que no armonizaba ni con mis inclinaciones ni con mis conocimientos. Por otra parte, sentí un impulso irrefrenable de volver a Colombia. Abandoné el proyecto de tesis y regresé. Era el año de 1957.

Ann Arbor es una pequeña ciudad en el estado de Michigan, sede de la Universidad que lleva ese nombre. Allá viajó en 1961 el estudiante Patiño (con la munificencia de la Fundación Rockefeller), después de unos años de trabajo en la Universidad de los Andes de Bogotá.

El sentido que tuvo mi permanencia en una universidad de los Estados Unidos fue el de complementar una formación filológica e historicista con otra de carácter lingüístico y descriptivista. La Universidad de Michigan era uno de los buenos centros de la lingüística estructural y de la enseñanza del inglés en ese país. Allí habían sido catedráticos figuras como A. Marckwardt, Ch. Fries y R. Lado. A comienzos de los años sesenta el lingüista de mayor renombre era, probablemente, K. L.

Pike, y había otros docentes distinguidos como E. Pulgram, R. Politzer y L. B. Kiddle.

Le debo a la Universidad de Míchigan el conocimiento del enfoque estructuralista del lenguaje y, en especial, de los procedimientos del análisis lingüístico. Como es sabido, la descripción estructuralista se aplica con preferencia a las lenguas ágrafas, de manera que la enseñanza de Míchigan despertó en mí el interés por estos idiomas y me preparó para acercarme luego a la realidad lingüística colombiana.

En esa primera mitad de la década de los años sesenta se estaba forjando en las universidades de los Estados Unidos la gran revolución científica de la Gramática generativa. Chomsky había publicado *Estructuras sintácticas* en, 1957, y era un nombre que comenzaba a asomarse en las bibliografías. Recuerdo que un día el profesor Pike llegó a su seminario con un joven lingüista invitado que nos dio una charla. Era Noam Chomsky. Al final de la exposición, Pike le preguntó a Chomsky cuál era su 'criterio de elegancia' en lingüística, o sea su criterio primordial de análisis. Chomsky respondió: *The truth* (la verdad).

En 1965 presenté la disertación doctoral sobre *The Development of Studies in Romance Syntax*, y regresé a Colombia.

*

En nombre de los nuevos Miembros de Honor del Instituto Caro y Cuervo expreso nuestro profundo agradecimiento y formulo votos por que la Institución pueda seguir desarrollando, exitosamente, sus valiosas tareas para el bien de la cultura del mundo hispánico.

CARLOS PATIÑO ROSSELLI.

Instituto Caro y Cuervo.